

COLOMBIA

**Y DEMOCRACIA
PAZ**

ALFONSO MONSALVE SOLORZANO
EDUARDO DOMÍNGUEZ GÓMEZ
e d i t o r e s



Universidad
Pontificia
Bolivariana



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

Consejo Superior de Investigaciones
Científicas de España
INSTITUTO DE FILOSOFÍA

COLOMBIA:
DEMOCRACIA Y...

ALFONSO MONSALVE SOLÓRZANO
EDUARDO DOMÍNGUEZ GÓMEZ
editores

- © Universidad de Antioquia
- © Universidad Pontificia Bolivariana
- © Instituto de Filosofía del CSIC
- © Cada uno de los autores por su contribución

Edición:

Alfonso Monsalve Solórzano
Eduardo Domínguez Gómez

ISBN: 958-696-030-7

Diseño, diagramación e impresión:
Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
E-mail: editupb@janua.upb.edu.co
Telefax: 413 3011 - A.A.: 56006
Medellín, Colombia - 1999

Las dinámicas bélicas en la Colombia de hoy

María Teresa Uribe

..... Y si dentro de un Estado, existen grupos organizados o partidos capaces de proporcionar a sus miembros más protección que el Estado, éste se reducirá a lo sumo a un mero apéndice de tales grupos y cada ciudadano sabe bien a quién tiene que obedecer.... Carl Schmitt

Los estudiosos sobre la violencia y la guerra en Colombia, advierten un cierto estancamiento en el tema; un relativo desinterés de los investigadores y un cierto cansancio o fatiga con las interpretaciones de tipo global, que han perdido incluso su eficacia simbólica en el develamiento de aquello que nos conduce a derramar sangre para resolver tensiones y conflictos de diferente naturaleza.

Paradójicamente, este declive en los estudios sobre el tema, coincide con un incremento significativo en las acciones bélicas, con el desplazamiento del fenómeno, de las

tradicionales "Zonas Rojas" hacia territorios nuevos relativamente pacíficos y con un aumento en las demandas de paz y conciliación nunca antes visto, cuya expresión más reciente fueron los casi doce millones de votos emitidos por la paz en las elecciones de Octubre.

De esta manera, la perplejidad de los investigadores, coexiste con un inusitado incremento en las acciones bélicas y con el más amplio consenso social en torno a la paz y a la búsqueda de soluciones negociadas.

Momento paradójico, contrastante, ambivalente si se quiere y que conjuga en un mismo movimiento la incertidumbre, la desesperanza y el terror pero que exige, a más de un compromiso serio con la paz, un renovado propósito para interpretar los hechos de violencia y para discutirlos en ámbitos públicos y para públicos amplios, pese al desaliento que suscita en los investigadores, el ocuparse de temas tan cotidianos pero tan amargos.

Los estudios sobre la violencia y la guerra en Colombia, han pasado por varias etapas y múltiples ópticas disciplinarias y multidisciplinarias y las diversas interpretaciones han tenido su correlato en el diseño de políticas públicas y en acciones de la sociedad civil; de los enfoques estructurales predominantes en los años setentas y primera mitad de los ochentas, cuyo énfasis estuvo puesto en asuntos como la pobreza, el desempleo, la exclusión, las restricciones del sistema democrático y la debilidad de la sociedad civil; se pasó en los noventas a visiones más holísticas y comprensivas centradas en el ámbito de lo subjetivo a partir de modelos sicosociales, históricos, simbólicos y culturalistas.

Mientras los enfoques estructurales le abrieron las puertas al diseño de políticas orientadas a remover las causas socioeconómicas de los conflictos; las visiones subjetivistas, históricas y simbólicas, sirvieron de base para poner en marcha, tanto procesos de negociación con los actores armados, como estrategias orientadas a la formación de una cultura política moderna, secularizada y tolerante y hacia la consolidación de la ciudadanía y de la sociedad civil.

En la actualidad y según la Investigadora María Victoria Uribe¹, predominan dos tipos de tesis en la explicación de la violencia colombiana; la primera, proveniente de la esfera de la Salud pública que considera la violencia como una enfermedad social y a partir de allí, caracteriza poblaciones más vulnerables, tipologías de las víctimas, lugares, horas y días más frecuentes en la ocurrencia de los delitos de sangre, así como asociaciones entre los hechos de violencia y el consumo de licor o drogas sicoactivas; los niveles de ingreso o la cohesión social de los grupos más afectados por esta supuesta epidemia.

La segunda hipótesis proviene de los economistas y los criminólogos, que se sitúan en la línea analítica de la "Rational Choice" u opción racional; según esta escuela, los actores sociales que optan por el uso de la fuerza, lo hacen a través de un análisis de costo-beneficio; es decir, a partir de decisiones racionales y conscientes después de sopesar las ventajas y desventajas que les reportaría violar la ley.

¹ Uribe, María Victoria. "El Modelo Chulavitas versus Tipacoques en Colombia". Ponencia presentada al foro sobre violencia e inseguridad en Antioquia. Instituto Popular de Capacitación I. P. C. Medellín, Febrero de 1998.

Ambas hipótesis han tenido eco en las políticas públicas y en las acciones no gubernamentales; las provenientes del enfoque epidémico, se manifiestan en drásticos controles al consumo de licor y porte de armas en días y horas señaladas -las Leyes zanahorias y los programas de desarme serían una expresión de esto- y la opción racional, acogida por Planeación Nacional, ha tomado cuerpo en políticas de disuasión judicial, mediante el endurecimiento de los códigos, el aumento de penas, la creación de la justicia sin rostro entre otras; esto, con el ánimo de hacer más onerosa la consumación del delito, para quien opta por la violencia.

Todos estos enfoques, estructurales o subjetivos; epidemiológicos o decisionistas, han hecho aportes muy significativos y algunos de ellos muy brillantes, para el reconocimiento de los fenómenos de violencia y guerra en Colombia y han servido de base para el diseño de programas estatales e iniciativas ciudadanas orientadas a combatir por diferentes medios la omnipresencia de los hechos de sangre; Sin embargo, ni los análisis, ni las políticas, ni la buena voluntad de los ciudadanos, han tenido efectos significativos en el aminoramiento de la violencia o en el logro de la paz negociada; por el contrario, a partir de 1995, el país vive una escalada de terror y asesinatos colectivos nunca antes vista y los fenómenos de desplazamiento masivo ocasionados por ello, están augurando, que quizá sin saberlo, estemos preparando la violencia del próximo milenio.

A pesar de la amplia diferenciación y complejidad que han tenido los estudios sobre la violencia en Colombia, estos tienen varias cosas en común:

- Se sitúan por fuera del registro de la guerra y de sus dinámicas propias.
- Se interrogan por las causas, siempre múltiples y por los efectos, siempre complejos e imbricados.
- Ponen el énfasis en los déficits o carencias que presentan los órdenes normativos, éticos, socioeconómicos o simbólicos en nuestro medio; es decir, en lo que nos falta y no en lo que existe realmente.

La propuesta analítica que pretendo discutir hoy, es la de abandonar las preguntas por las causas y por los faltantes, no porque carezcan de importancia, sino porque, a mi juicio, están suficientemente documentadas en Colombia y situar la mirada en otro registro, el de la guerra, que desde Hobbes hasta Carl Schmitt ha sido considerada como un dominio propio y exclusivo, que tiene su lógica y su sentido; sus acciones recíprocas y sus procesos específicos, con relativa autonomía de los motivos que llevaron a amigos y enemigos a enfrentarse con las armas en la mano.

A propósito Carl Schmitt dice lo siguiente: "... la relación amigo - enemigo, puede extraer su fuerza de los ámbitos más diversos de la vida humana; de antagonismos religiosos, económicos, morales etc.; por sí mismo lo político (La relación amigo-enemigo) no acota un campo propio de la realidad, sino un cierto grado de intensidad de la asociación y la disociación de los hombres... en el momento en que se produce una asociación de esta índole, pasan a un segundo plano los anteriores criterios puramente religiosos, puramente económicos y puramente culturales y dicha agrupación queda sometida a consecuencias totalmente nuevas y peculiares,

con frecuencia hartos inconsecuentes e irracionales desde la óptica de aquel punto de partida, religioso, cultural y económico”².

Esta Visión de la relativa autonomía de la guerra y la violencia con relación a los motivos que la pudiesen haber producido, es también desarrollada por Daniel Pecaú³ en su último artículo sobre “La banalización de la violencia”, donde pone en discusión la validez de los enfoques causales o identitarios para explicar la escalada de muertes violentas de los últimos años en Colombia.

Situarse en el registro de la guerra, es decir, en su lógica interna, permite no sólo desentrañar su gramática, sino también la manera como ella redefine, estructura organiza y funda orden político; entendiendo aquí por orden político, algo diferente a lo normativo o institucional; el orden político sería un orden fáctico, un sistema de pautas, de normas implícitas, de comportamientos cotidianos, de formas de actuar y de relacionarse, de mentalidades e imaginarios y de maneras de enfrentar y resolver tensiones y conflictos individuales y colectivos⁴; en suma, lo que pretendo señalar es que la guerra y la violencia prolongadas estructuran en Colombia el orden de la vida en común.

Desde esta perspectiva, la guerra y la violencia no serían desorden, Caos, e irracionalidad, como se las aprecia cuando

² Schmitt, Carl. *El concepto de lo político*. Madrid. Alianza Universidad 1991. P 131.

³ Pecaú, Daniel. “De la violencia Banalizada al terror: El caso colombiano.” *En Controversia* # 171. Bogotá. Cinep. P 9 - 33.

⁴ Escalante Gonzalbo, Fernando. *Ciudadanos imaginarios*. México. Colegio de México, 1993. P 44.

se las examina desde el deber ser o lo normativo; por el contrario, serían ejes estructurantes de un orden diferente, esencialmente fáctico y existencial, que evidentemente no es justo, bueno, bello o pacífico; que se aleja considerablemente de la noción corriente de seguridad ciudadana y que no se corresponde con la vigencia de un estado de derecho.

Sin embargo es un orden en sí mismo, resultado de una práctica molecular y diferenciada que provee regularidades, pautas de comportamiento y ante todo, ese saber cómo hacer las cosas y cómo comportarse, tanto en situaciones cotidianas como en eventos extraordinarios. Este orden fáctico no depende de la intención de alguien en especial; es el resultado de grandes y pequeñas acciones cuya repetición y regularidad terminan, así esa no sea la pretensión de ningún actor social o político en especial, produciendo orden y dándole sentido a la vida en común.

Es decir, la guerra y la violencia no sólo poseen una dinámica propia y relativamente autónoma de las causas y las agrupaciones originales sino que contribuyen a crear órdenes fácticos, a moldear, reorganizar y dotar de sentido a la sociedad nacional en su conjunto.

Estos órdenes de hecho, contruidos sobre el entramado de la guerra y la violencia, pueden ser excepcionalmente estables y gobernables; es el caso colombiano donde han coexistido, sin mayores tensiones, una situación de guerra cuasipermanente y una violencia molecular y disgregada con un crecimiento económico aceptable en el contexto Latinoamericano; con instituciones democráticas estables y permanentes, sin rupturas autoritarias o sobresaltos golpistas

y con una de las historias electorales más largas e ininterrumpidas, no sólo de América Latina sino del mundo occidental.

Esa paradoja de la estabilidad de los órdenes fácticos ya había sido descrita por el historiador Erik Hobsbawm en su estudio sobre la Sicilia mafiosa; donde resaltaba la existencia de un orden político muy estable y bien definido que incluía la violación sistemática de la ley, la corrupción de los funcionarios públicos, los altos índices de violencia y el predominio de organizaciones criminales que se constituían "en la única ley y el único poder eficaz"⁵.

Es ese orden de hecho, construido sobre el entramado de una guerra prolongada, el que puede tener las claves que permitan responder a la pregunta sobre qué es lo que nos conduce a derramar sangre para dirimir conflictos y tensiones que en otras naciones, aquejadas también por problemas estructurales similares, se dirimen por vías no violentas.

1. LOS ESTADOS DE GUERRA Y LAS SOBERANÍAS EN VILO

Este cambio de perspectiva; este tránsito de las hipótesis causales a las gramáticas y las dinámicas bélicas permiten formular las siguientes tesis generales:

- 1) El estado de guerra cuasipermanente -que en su última etapa lleva más de cuarenta años- ha mantenido en

⁵ Hobsbawm, Erik. *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Barcelona, Ariel 1983, pp 61 y ss.

vilo la soberanía del estado; es decir, la capacidad de tomar decisiones y de establecer la autoridad necesaria para garantizar, razonablemente, la vigencia de la Ley; en su defecto, se han venido constituyendo soberanías alternativas, sostenidas por poderes armados de diferente signo: Contra estatales (Guerrillas y milicias urbanas); para estatales (autodefensas, grupos convivir y paramilitares) y delincuencia organizada (carteles de la droga, de los precursores químicos, del lavado de dólares, de la gasolina, de las armas); poderes éstos que se articulan y se anudan de diferente manera en las regiones y en las grandes ciudades colombianas.

- 2) Esta situación o estado de guerra cuasipermanente, con las características atrás anotadas, no ha permitido despojar al cuerpo social y a los sujetos individuales que lo componen, de relaciones belicosas y de agresiones entre ellos; es decir no ha permitido la conformación de una sociedad pacificada y desarmada, que entre otras cosas, es la condición esencial para que existan instituciones democráticas tal como lo afirman los teóricos del contractualismo; desde Locke hasta Habermas. Por ello, subsisten y se reproducen múltiples y moleculares violencias privadas y cotidianas también llamadas por algunos ordinarias, que se contraponen o se articulan con las guerras públicas -o sea aquellas que conciernen al Estado- a la luz de las dinámicas propias de los conflictos en las diferentes regiones y territorios.
- 3) Los estados de guerra cuasipermanentes y la multiplicidad de las soberanías, han contribuido a fijar y definir

territorios, fronteras y autoridades; a crear sociabilidades y lealtades; a consolidar organizaciones sociales y los poderes alternos allí establecidos, han logrado no sólo articular a su dominio y control a la población residente sino también a autoridades locales de diferente rango; alcaldes, concejales, inspectores y administradores e incluso miembros de la fuerza pública; con todos ellos establecen nexos de seguridad y obediencia; es decir, los estados o situaciones de guerra cuasipermanentes configuran órdenes de hecho.

En una situación de soberanías en competencia, la seguridad personal se convierte en el bien supremo y quien la otorgue, encuentra respaldo, alguna representatividad social y ante todo obediencia.

Antes de señalar algunos perfiles de las dinámicas bélicas en la Colombia de hoy, es necesario esclarecer lo que aquí entendemos por estado o situación de guerra y la diferencia con la guerra como acción. Siguiendo a Hobbes⁶, el gran teórico de la soberanía, el estado o situación de guerra se produce como efecto de la igualdad entre los hombres.

Si entre los seres humanos hubiese diferencias naturales muy marcadas, separaciones visibles, manifiestas e irreversibles, la guerra o la belicosidad entre ellos no tendría lugar; bien porque el fuerte se impondría sobre el débil en una guerra original y rápida o bien porque el débil, consiente de su diferencia, se sometería a los dictámenes del primero, desistiendo del enfrentamiento.

⁶ Hobbes, Thomas. *Leviatán*. Madrid, Editora Nacional, segunda edición, 1980. P222 y ss.

Pero ante la inexistencia de diferencias naturales y sustantivas, el débil o quien está sometido, nunca claudica en sus pretensiones y el fuerte, justamente porque es sólo un poco más fuerte y porque coyunturalmente maneja recursos de poder, nunca tiene la garantía de no ser atacado ni certezas absolutas frente a su situación de dominio pues el débil puede recurrir a las alianzas, las estratagemas, la astucia o la sorpresa; el fuerte o quien ocupe el lugar dominante tratará de evitar la guerra pero para ello tendrá que demostrar que está dispuesto a hacerla y que no renuncia a esta posibilidad.

Por lo tanto, ninguno de ellos desistirá de la guerra y ésta, seguirá siendo un horizonte abierto para fuertes y débiles hasta que se instaure la soberanía definitiva representada en el Leviatan, que los somete a todos a un orden institucionalizado, estatalizando la guerra y pacificando la sociedad; pero el Estado de guerra no es la confrontación directa, el enfrentamiento abierto, la sangre derramada, los cadáveres esparcidos y el terror generalizado; es un estado, una situación en donde la soberanía permanece en vilo y prevalece la voluntad de enfrentarse, la posibilidad abierta de combatir al enemigo, la alternativa siempre presente de agrupar a los sujetos en bandos capaces de matar y de morir.

El estado o situación de guerra es, como dice Foucault⁷, interpretando a Hobbes, el escenario de las representaciones, en donde pueden existir acciones de guerra y violencia pero lo predominante son las desconfianzas, las manifestaciones de hostilidad, los signos encontrados de desafío pero ante todo

⁷ Foucault, Michel. "La guerra conjurada, la conquista y la sublevación" En *Genealogía del racismo*. Madrid, Ediciones la Piqueta, p 101.

la voluntad manifiesta de no reconocer otro poder que el propio.

Por el contrario, la guerra como acción, presupone los estados o situaciones de guerra pero no se agota en ellos; significa el enfrentamiento abierto y directo entre "Hostis"; entre enemigos, donde alguno de ellos traspasa la frontera o el límite de lo aceptable a juicio de su contradictor; las situaciones de agresor y agredido son sustantivamente de mayor intensidad, creando una espiral que se intensifica y se amplía adquiriendo una dinámica propia, que termina por situar en un segundo plano los motivos iniciales y que genera las condiciones de su propia reproducción.

EL ESTADO DE GUERRA EN COLOMBIA

El estado de guerra en Colombia se caracteriza por la competencia de soberanías; por la existencia de poderes enfrentados donde ninguno de los contendientes le infringe derrotas definitivas al enemigo pero tampoco acepta poder distinto del suyo, lo que mantiene viva la hostilidad, la voluntad de enfrentarse, las acciones bélicas y uno de los más altos índices de muertes violentas y de violación de los derechos humanos en el mundo.

Los estados de guerra prolongados, no sólo mantienen en vilo la soberanía estatal sino que han permitido la conformación de órdenes fácticos plurales, donde se han establecido, a lo largo del tiempo, verdaderos poderes alternativos que mantienen, en los territorios por ellos controlados, el mando supremo, la capacidad de tomar la

decisión soberana y de concitar la obediencia y el acato de los pobladores y residentes.

Desde esta perspectiva, es fácil entender porqué el estado colombiano, aunque pudiese tener omnipresencia en todo el territorio de la nación, carece de omnipotencia para controlarlo y de autoridad suficiente para dirimir los conflictos sociales y aplicar la ley; por el contrario su soberanía se desdibuja y se diluye por los circuitos armados de poder y entra en competencia con otras soberanías que le disputan el dominio territorial, así el Estado mantenga el control sobre las instituciones legales.

La competencia de soberanías no significa que el Estado colombiano hubiese desaparecido o que el orden propiciado por las instituciones jurídicas y normativas sea asunto de mera formalidad y apariencia; por el contrario, las instituciones jurídicas existen y funcionan y el aparato estatal tiene un gran número de empleados, representantes y fuerza pública regados por todo el territorio de la nación; lo que ocurre, es que no funcionan con la lógica del orden normativo sino con la de los órdenes fácticos y son éstos los que le otorgan sentido tanto al sistema legal como a las acciones de gobierno.

Es decir, el sistema legal y los funcionarios públicos de nivel local en buena parte del territorio de la nación, pasan a constituirse en otros recursos para el mantenimiento de las hostilidades y para el ejercicio bélico; la ley por ejemplo, ha devenido en una especie de arma que se usa para atacar a los enemigos y favorecer a los amigos; igual cosa podría decirse de los funcionarios de nivel local; manejan la acción

gubernamental y representan las instituciones pero las dinámicas bélicas y la soberanías de los poderes alternativos, terminan por involucrarlos en estrategias de lucha contra el propio gobierno que representan.

En una atmósfera de tal complejidad y de competencia de soberanías, el ciudadano corriente sabe que no puede esperar razonablemente, que si alguno de sus derechos le es violado o si ha sido víctima de un delito, la autoridad actúe en derecho y librado a sus propias fuerzas, usa la justicia por mano propia o busca la protección de un grupo armado que le ofrece una seguridad alternativa y precaria pero al parecer más eficiente y expedita que la otorgada por el régimen legal. En suma, actúa de acuerdo con el orden fáctico y no con el referente de lo legal.

Esto quiere decir que la soberanía del Estado es puesta en cuestión no sólo por los poderes alternativos armados que controlan territorios sino también por los ciudadanos corrientes y desarmados, que legitiman con estas acciones la validez de los órdenes fácticos y cuyas acciones moleculares contribuyen a mantenerlos y a reproducirlos. Buena parte de la delincuencia común y la violencia disgregada tiene que ver con el desdibujamiento de la soberanía estatal.

Las soberanías en competencia y la precariedad de la seguridad ciudadana, condujeron al surgimiento y proliferación de toda una gama de milicias urbanas quienes ofrecen vigilancia y protección al interior de los territorios que controlan pero también las bandas de delincuentes desarrollan actividades similares; cuidan la seguridad de su barrio, cobran por ello y delinquen en otros lugares de la ciudad.

Los estados de guerra cuasipermanentes, con las características atrás anotadas, mantienen en vilo la soberanía del Estado desde una doble perspectiva; como dominio territorial y como referente institucional; la desafían los sectores armados y los ciudadanos desarmados y se mantiene, reproduciéndose, la incapacidad de estatizar la guerra y pacificar la sociedad.

Lo específico del estado de guerra en Colombia es que la hostilidad y la confrontación no es bipolar sino multipolar; para nuestro caso, habría que hablar de las guerrillas en plural, que sólo eventualmente actúan de consuno siendo muy frecuentes las guerras entre ellos por el control territorial; habría que hablar también de estrategias gubernamentales plurales que combinan todas las formas de guerra, desde la convencional a través del ejército regular hasta las acciones ilegales y las operaciones encubiertas.

Esto obliga a pensar también en la pluralidad del paramilitarismo⁸; algunos de estos grupos están vinculados con las fuerzas del orden; otros, son de origen más campesino y autodefensivo y los más, de la iniciativa de grandes propietarios urbanos y rurales legales o ilegales.

A todos ellos habría que agregar los grupos de delincuencia organizada, también plurales y enfrentados en hostilidades mayúsculas por el control del negocio, son ya legendarias las guerras entre los carteles de Medellín y Cali y de éste con el del Norte del Valle; estos grupos manejan amplios

⁸ Vásquez, Teófilo. "Una nueva etapa del paramilitarismo". Ponencia presentada al foro *Violencia e inseguridad en Antioquia, Medellín*. Instituto Popular de Capacitación I.P.C. Medellín, 1998.

recursos de poder y se articulan desigual y conflictivamente con las diversas soberanías territoriales; con las guerrillas en el sur del país, con los paramilitares en el norte y el centro y hasta con el poder público; tanto en los ámbitos locales, como en sus más altas esferas, gobierno y congreso, tal como lo develó el llamado proceso ocho mil.

La multipolaridad del estado o situación de guerra en Colombia, le marca perfiles específicos a lo que aquí hemos llamado soberanías en competencia y es que ninguno de los dominios territoriales es absoluto, está en permanente disputa no sólo con la soberanía estatal sino entre los diversos poderes armados; de allí que el control ejercido sobre un territorio en particular, sea frágil y transitorio pues los diferentes actores que compiten por su dominio, tienen que mostrar fuerza y ánimo hostil pero también voluntad de entrar en tratos, en transacciones, en negociaciones y alianzas, inexplicables desde la lógica de las causas y las adscripciones ideológicas pero perfectamente entendibles desde la gramática de los estados de guerra.

LA GUERRA COMO ACCIÓN EN COLOMBIA

La guerra como estado tiende a deslizarse hacia la guerra como acción o guerra total, donde lo predominante pasan a ser los enfrentamientos directos, las batallas, los actos de terror y la violencia generalizada; acciones que concitan reacciones orientadas ahora a tomar la iniciativa y a liquidar los enemigos. A su vez, la guerra como acción viene acompañada de retaliaciones privadas; de propaganda psicológica, de justificaciones políticas y por supuesto de

cambios significativos en las estrategias y las tácticas propiamente militares.

Según Carl Schmitt en los estados de guerra, lo que existe es el "animus belli" o sea la intención o la voluntad de no aceptar otro poder distinto al propio pero la verdadera hostilidad es la que se configura en la guerra como acción o guerra total, desplazando el centro de gravedad hacia la gramática de las acciones mismas, lo que trastoca y redefine la situación anterior.

A este propósito dice Schmitt lo siguiente " La guerra total no nace de una hostilidad total preexistente, es más bien a la inversa es la hostilidad total la que nace y se alimenta de la guerra que se va haciendo (al mismo tiempo) más total... cuanto más automática y mecánica se vuelva la guerra, más automática y mecánica se torna también la definición de enemigo y agresor..."

Y más adelante afirma; "la llamada guerra total, cancela la distinción entre combatientes y no combatientes y conoce, junto a la guerra militar, otra no militar (guerra económica, propagandística etc.)... y la guerra se hace ahora en un plano nuevo, intensificado, como activación ya no sólo militar de la hostilidad. El carácter total consiste aquí en que ámbitos de la realidad de suyo no militares, de los que no combaten se ven involucrados en la confrontación hostil; el paso más allá de lo puramente militar, no representa tan sólo una expansión cuantitativa es también un incremento cualitativo; por eso no supone una atenuación sino una intensificación de la hostilidad"⁹.

⁹ Schmitt, Carl, *Op. Cit.*, P. 139.

Desde esta perspectiva, la guerra como acción es la que construye el enemigo total y se caracteriza por:

- La indiferenciación entre combatientes y no combatientes o entre armados y desarmados.
- La definición cada vez más mecánica y automática de amigos y enemigos, desligándolos de las viejas causas que los llevaron a enfrentarse y de viejas adscripciones ideológicas políticas o grupales.
- Las acciones bélicas y la hostilidad total, le abren paso a una situación cuantitativa y cualitativamente distinta, donde lo que le otorga sentido al conjunto de la sociedad y a sus diversas esferas es la guerra.

El deslizamiento de la guerra como estado a la guerra como acción en Colombia, es de reciente data; lleva a lo sumo algo menos de un quinquenio y las expresiones más evidentes de este tránsito o deslizamiento se pueden concretar en los siguientes puntos:

- 1) Una intensificación de la confrontación propiamente militar que no sólo desplazó las acciones bélicas de la periferia de la Nación a los alrededores de las grandes ciudades y a los centros vitales de la economía, sino que ha puesto frente a frente y en batallas formales al ejército nacional y a las guerrillas con resultados bastante negativos para los primeros.
- 2) Una extensión del carácter de enemigo total a poblaciones enteras y a grupos sociales desarmados que pasan a convertirse en objetivos directos de agresión y de desalojos y desarraigos masivos y traumáticos.

- 3) Un giro cada vez más civil en la confrontación; no sólo por el involucramiento de la población no combatiente sino porque el protagonismo de la acción, ha pasado de los militares a los paramilitares y porque cada vez, son civiles armados llámense paramilitares, convivir, bandas o milicias, las encargadas de proveer alguna forma de seguridad ciudadana.
- 4) Un giro cada vez más significativo hacia la internacionalización de los conflictos, lo que tiene como Jano, dos caras; una orientada hacia la paz, mediante la búsqueda de mediaciones de gobiernos extranjeros para iniciar procesos de negociación con los alzados en armas y la otra, orientada hacia la guerra total, a través de la redefinición de enemigos que hacen tanto los guerrilleros de las Farc como el gobierno Norteamericano; los primeros, declaran objetivo militar a los asesores extranjeros que colaboren con los organismos de seguridad y los segundos, se afanan por construir un enemigo único, identificando guerrilla y narcotráfico con la consecuente criminalización internacional en los parámetros contemporáneos del nuevo orden mundial.

Los cuatro giros atrás anotados que definen los perfiles de la guerra como acción en Colombia, ponen de manifiesto que el país vive una situación cualitativamente distinta y que están cambiando los paralelos y los meridianos de la vida nacional.

Se están modificando: la ocupación territorial, la estructura demográfica y el balance urbano como efecto del

desplazamiento masivo; aunque lo regional sigue teniendo mucho peso y un desarrollo diferencial de las conflictividades, la guerra se está haciendo cada vez más nacional e internacional; se están redefiniendo los protagonistas principales de la guerra que ahora se dirime principalmente entre guerrilleros y paramilitares, pero quizá lo más significativo, es la dramática pérdida de capacidad del estado y de las instituciones, tanto para negociar la paz como para dirigir la guerra.

Lo que se pone en evidencia con estos cambios inducidos por la guerra como acción, es que la competencia entre soberanías ya no sólo pone en juego la capacidad del estado para ejercer el poder supremo sino que viene perdiendo la iniciativa en la conducción de la beligerancia y de la hostilidad que ahora va por cuenta de los guerrilleros en el sur del país, por cuenta de los paramilitares en el norte y el centro y por cuenta de milicias y bandas en los barrios de las grandes ciudades.

En los departamentos del norte y el centro del país, la iniciativa de la guerra parecen llevarla hoy los paramilitares; son ellos los principales enemigos de las guerrillas, los encargados de enfrentar sus avances, de castigar sus acciones, de recuperar viejos y nuevos territorios, de obstaculizar y desvertebrar sus corredores de movilización y ante todo, construyen un enemigo total, que anula en la práctica la diferencia entre combatientes y no combatientes, orientando las acciones hacia los civiles desarmados que se ven obligados al éxodo y a la diáspora. Algo más de un millón de desplazados en Colombia, habla por sí mismo de la

ferocidad de las acciones bélicas y de las nuevas situaciones traídas por éstas.

El gobierno nacional, que tiene el poder institucional de definir el enemigo interno, ha tenido con estos grupos una postura muy ambivalente: los desautoriza públicamente, pero en ocasiones realiza con ellos operaciones conjuntas; dice combatirlos y eventualmente lo hace pero al mismo tiempo legaliza formas de contrainsurgencia civiles como los grupos "convivir" que en algunos departamentos como en Antioquia fue una política de gobierno.

Si para el gobierno, los grupos paramilitares no constituyen enemigo interno para los autodenominados "ciudadanos de bien", grandes y pequeños propietarios del campo y las ciudades, estos grupos y su accionar violento, constituyen una solución viable para su seguridad particular, con lo cual se los sitúa como protagonistas principales de la guerra contra las guerrillas.

De esta manera, en los departamentos del Norte y el Centro del país, el gobierno y sus organismos de seguridad han perdido la iniciativa en la conducción de la guerra; la capacidad para definir enemigos internos y al mismo tiempo abren interrogantes serios sobre una futura negociación pues, pese a la retórica de la paz, para una parte significativa de la población Colombiana, la guerra y la violencia, antes que un problema siguen siendo una solución pragmática y viable para mantener alguna forma de seguridad individual.

En el sur del país, la situación es la contraria; la guerrilla controla la vida local, desplaza enemigos y contradictores, articula administradores y funcionarios públicos a sus

circuitos de poder, imparte justicia y aplica códigos draconianos a los que se resisten a sus órdenes y a través de un sistema muy primario de "impuestos de guerra", terminan apropiándose de una parte de los ingresos extraordinarios producidos por la Coca.

En el Sur, la guerrilla lleva la iniciativa de la guerra, no por cesión de soberanía y poder como en el Norte y el Centro, sino a costa de infringirle derrotas significativas al ejército nacional a través de asaltos a bases militares y de verdaderas batallas campales como la ocurrida recientemente en El Caguán.

Estas acciones bélicas denotan una ruptura significativa con relación a las tácticas anteriores y un cambio en las modalidades de las confrontaciones que se van alejando cada vez más de la clásica "guerra de guerrillas" o guerra de movimientos para acercarse a lo que sería un ejército convencional y una guerra de posiciones que ofrece batallas directas y frontales para las cuales supuestamente estarían mejor preparadas las fuerzas regulares.

En los barrios populares de las grandes ciudades, el gobierno y sus fuerzas de seguridad han venido perdiendo terreno por el accionar de bandas y milicias; estos grupos en competencia con la soberanía estatal y trenzados entre ellos en una suerte de guerra tribal por territorio y control autónomo, han ganado reconocimiento en sus barrios, capacidad de interlocución con funcionarios, organizaciones sociales y partidos políticos y también una fuerte incidencia en programas y acciones de beneficio común.

Esta pérdida de control y representatividad de algunas

administraciones locales en una parte considerable de su jurisdicción administrativa, unida a la "conjura del silencio" sobre los desplazados que están llegando precisamente a esos espacios controlados por poderes alternativos, permiten pensar que serán ellos y no las instituciones públicas quienes les otorguen a los nuevos pobladores el derecho a la ciudad articulándolos a sus órdenes alternativos y concitando obediencia y sujeción.

Esta visión panorámica y por su puesto muy esquemática de las nuevas situaciones creadas por la guerra como acción, está poniendo de manifiesto que el Estado Colombiano está perdiendo la guerra, pero no solamente como resultado de la ineficacia de las fuerzas militares, que por primera vez pasan a ser cuestionadas tanto por sus defensores incondicionales como por sus maestros y formadores norteamericanos.

Esto tampoco quiere decir que el país esté al borde de un triunfo militar de la guerrilla o que a la vuelta de cinco años asistiríamos a la toma del poder y al desfile de la revolución; el Estado colombiano está perdiendo la guerra porque perdió la capacidad de conducirla, porque no tiene control sobre sus propios recursos bélicos; porque ya no es desde sus cúpulas y sus autoridades civiles o militares desde donde se toman las decisiones, en donde los señores de la guerra se enfrentan entre sí por control territorial y por dominio político mientras que bandidos y forajidos asaltan en los caminos y las villas sembrando el terror en un universo fragmentado y diferenciado dominado por la violencia y la ausencia de poder central.

Las similitudes no van más allá de la imagen, pero no deja de resultar coincidente, que en ambas situaciones, se

asista a un eclipse del orden estatal y que se vuelva a pensar precisamente en Hobbes, el gran teórico de la guerra y la soberanía, para encontrarle alguna explicación a la situación actual del país.